CUADERNOS DEL CAMINO

El sendero de la vida

Un cuaderno escrito a mano: la vida desde el primer latido hasta mirar atrás. Del cuaderno familiar.

Me encontré flotando en un líquido transparente, mis manos y mis pies eran muy pequeños, todo estaba oscuro pero me sentía bien. De vez en cuando oía gente que me decía cosas agradables; sobre todo había una voz que me resultaba la más bonita de todas y que más tarde fue la primera persona que conocí en la vida.

Un día inesperadamente noté una presión en mi cabeza. Sentí el dolor por primera vez. El cuerpo también lo notaba oprimido y vi de repente una luz cegadora. Notaba una sensación extraña que quizás era miedo, pero al momento noté el calor de un cuerpo humano que me abrazaba con cariño y me decía palabras de amor. Me calmé al instante y me sentía protegido.

Noté de nuevo una sensación desconocida para mí y era hambre. Me hacía llorar esa sensación pero inmediatamente un pecho de mi voz preferida me alimentó y me sació. Quedé dormido.

No sé cuántas horas pasé dormido pero cada vez que sentía esa sensación tenía mi alimento. Veía borroso pero cada vez la vista se me hacía más clara y vi el rostro de aquella voz que tanto me tranquilizaba y me hacía feliz.

Era un rostro luminoso y bello. Noté al instante que iba a estar emocionalmente unido a él. Poco a poco iba tomando conciencia de mi nueva vida.

Empecé a descubrir un mundo nuevo, oía canciones, veía colores y me sentía feliz y sonreía. Con el tiempo me di cuenta que a esa persona especial la llamaban mi madre. Yo era feliz con ella, me hacía reír, me limpiaba cuando me hacía caca y también me cuidaba un hombre que me trataba con cariño. No tenía el concepto de la maldad, la bondad, etc. Todo me pasaba sin juzgar.

No conocía el bien ni el mal, ni el pasado ni el futuro: solo vivía el presente con una felicidad que jamás volví a experimentar.

Con los años empecé a acumular conocimientos, empecé a conocer el mundo, hice amigos, tenía agilidad y audacia.

Estudiaba pues me decían: «Tienes que estudiar mucho para tener una buena profesión y que no te falte el dinero para vivir.»

No lo comprendía muy bien pero lo hacía. Recibía regalos a fin de curso cuando sacaba buenas notas.

Empecé a sentir el edadismo. Me llevaba bien con mis abuelos, pensaba que la vida iba a ser siempre de color de rosa. Eran viejos pero me llevaba muy bien con ellos y lo pasaba bien, pero… un día fallecieron y comprendí que la vida era efímera.

Cuando mis abuelos murieron me sentí muy triste pero más adelante con el paso del tiempo murieron mis padres. Eso fue muy traumático para mí pero yo ya tenía la madurez para vivir solo o con mi pareja y amigos.

A veces tenía miedo de envejecer y morir en medio de terribles sufrimientos. Me consolaba pensando que al morir vería a mis padres allá donde estuvieran, pues no cabe duda de que si ellos no están sus almas sí. Pues el alma es inmortal. Así pues somos seres inmortales.

Pero eso no significa que no tengamos miedo pues vamos a un lugar desconocido y totalmente diferente, seguramente no sea nada parecido al mundo en el que vivimos pues aunque tiene sus cosas —guerras, políticos dictadores, hambre, sufrimiento— lo tenemos que aceptar y yo nacido de mujer no lo he tenido que sufrir.

Quien diga «no tengo miedo a la muerte» miente como un bellaco. Cuando llegue ese momento lo sabrás con certeza.

Hice camino al andar, fueron mis huellas y nada más y al volver la vista atrás vi el sendero que nunca volvería a pisar. No existió nunca mi sendero. Yo me lo labré y con los años lo perdí de vista.